

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Número 66

Precocidad
infantil



25 cént.

Protagonista:
Jane Mercer

Revista Semanal

Precocidad infantil

Argumento, en forma de novela, de la preciosa y excelente película, marca «Joyas Universales», así titulada. Exclusiva de «Hispano American Filman», Valencia, 233.

PROTAGONISTA: JANE MERCER

I

No es siempre en los hogares magníficos donde la felicidad se alberga. El de aquel viejo era de los más magníficos que puedan imaginarse, pero también de los más alejados de toda felicidad. El viejo llevaba una vida solitaria, demasiado tiempo ya. Y como consecuencia esa vida se había vuelto fría, egotista e intolerante.

No habiendo perdonado nunca a su hijo mayor, ni aun en el momento de la muerte, que se hubiese casado con una viuda vieja que tenía una hija bastante crecida, ahora, muerto el hijo, aquella mujer y su hija, ya moza, vivían con él. Pero muy raras veces cruzaban la palabra. Había entre ellos una hostilidad constante y cada vez más poderosa.

El viejo sólo hablaba alguna vez, aunque muy brevemente, con una criada leal que hacía quince años que le servía, la cual también estaba disgus-

tada por la presencia en la casa de las dos mujeres extrañas; claro es que, como consejera y no como criada, hablaba de ello, siempre que se presentaba ocasión, con el viejo y silencioso dueño.

Las dos mujeres, por su parte, no ignoraban nada de la situación violenta en que se hallaban. Pero la hija política del viejo no hacía gran caso de ello. En cambio, su hija, mujer refinada, educada, fina, aunque ciertos malos frutos de su cultura la hubiesen tornado un poco insensible y vanidosa, sí se preocupaba por entero del ambiente hostil en que vivían.

Así, el día que comienza nuestra historia, la joven, en uno de los muchos ratos que pasaba sola con su madre, dijo a ésta:

—Querida madre: es preciso que te des cuenta de que el padre de tu segundo marido está agotando su paciencia, que no nos quiere aquí, que nos tendremos que marchar sin duda muy pronto...

Pero la madre, haciendo un gesto de desagrado al oír esas palabras, ni siquiera contestó.

La joven, entonces, se sentó junto al piano, su único consuelo en aquella casa, al cual hacía confidante, interpretando finas melodías, de sus penas y dolores, que eran en verdad muchos.

El otro hijo del viejo no era, en su recuerdo, nada más que un borracho disoluto. No sabía nada de él hacía ya muchos años, excepto que se había casado con una muchacha pobre; pero ni conocía a la muchacha ni deseaba conocerla; tampoco deseaba saber nada más de su hijo, el cual vivía en uno de los barrios pobres de la ciudad. Pero el piso barato que ocupaba, en unión de su esposa y de una hija que habían tenido, había sido transformado en un verdadero palacio por obra del amor. El que un tiempo fue un borracho disoluto, era ahora un hom-

bre honrado y trabajador, feliz y alegre, enamorado de su esposa y amado por ésta de un modo fervoroso y constante.

La muchacha pobre cuyo amor había transformado al borracho, era una linda mujer, hacendosa y trabajadora, bella y de sentimientos puros y limpios.

Sentados al lado de la camita de su hija, una niña simpática y educada, de diez años, que dormía, los dos esposos hablaban.

Dijo él:

—He escrito a mi padre. Si Margarita, la viuda de mi hermano, y su hija, viven con él, no puede negarse a admitir a Joya.

Se trataba de enviar a Joya, que así se llamaba la niña, la cual es protagonista de este relato, al viejo.

Este recibió la carta de su hijo aquella misma tarde. Enrique, que así se llamaba el padre de Joya, comunicaba a su padre la reforma que se había operado en él gracias a la constante ayuda de su esposa. Luego le decía que una oportunidad en negocios para ambos les había sido ofrecida por la casa en que trabajaba su esposa, pero que para aceptarlo habían de emprender un viaje al extranjero y su única hija tenía que quedarse. Terminaba la carta preguntando: «¿Puede mi hija ir a la casa de su abuelo y puede éste perdonar a su arrepentido hijo?»

El viejo, cuando hubo leído la carta, llamó a su fiel criada y se la entregó, para que ella también la leyese. Luego, con la mirada, le pidió un consejo. Y la criada contestó:

—Usted ha tenido ya demasiados sufrimientos. ¡Es terrible pensar del modo cómo su vida pacífica ha sido destruida!

La opinión de la criada era contraria a que viniese la niña. El viejo se quedó pensativo. Llamaron a la puerta. La criada fué a abrir. No pudo el viejo preguntar nada más.

Al oír que llamaban a la puerta, desde otra habitación cercana en que estaban la nuera del viejo y su hija, ésta oyó que su madre le decía:

—Estoy segura de que quien llega es el doctor Ballard. Ánimate un poco, hazme el favor.

Hace exactamente cinco semanas—contestó la joven—que estás vistiéndome para meterme por los ojos de ese hombre. La verdad, eso no me parece bien.

Era, en efecto, el doctor. Hubo saludos y sonrisas, por parte de la madre de la joven. Esta saludó friamente y nada más.

Apareció el viejo y dijo:

—Mi hijo Enrique ha aparecido de nuevo. Naturalmente, para pedirme un favor.

—¿Qué pide?—preguntó la nuera.

—Se propone mandarme a su pequeña hija.

—¿Qué descaro!—exclamó la joven.—Querer Enrique que su padre cargue con la hija de una costurera.

En estas palabras salió la aparente insensibilidad y vanidad de esa muchacha que era buena en el fondo. El viejo, al oírla, cambió de parecer. No hacía cuenta de mandar por su nieta, pero al ver que el traerla podía molestar a aquellas mujeres, se dispuso a contestar a su hijo que podía enviarla. Exclamó, pues:

—Voy a telegrafiar ahora mismo para que la niña venga.

Y se alejó.

La nuera se peccató de lo ocurrido en el ánimo del viejo, debido a las palabras de su hija, y así,

en cuanto el doctor se marchó, se presentó ante ella y le dijo:

—La intención del viejo no era la de mandar por la muchacha, Esther. Tus palabras le han hecho cambiar de opinión. ¿Por qué no callaste?

La joven, malhumorada, no contestó.

La señora Forbes, que así se llamaba la vieja criada, aprovechó aquel momento en que por el disgusto de las mujeres y la pequeña satisfacción del viejo, no tenía nada que hacer, para ir a ver a su hijo, que era su única debilidad, el cual estaba empleado en las caballerizas del viejo, en donde cogía diariamente una gran borrachera, sin que ni las amables palabras de su madre pudieran evitarlo.

En el piso barato se recibió con alegría el telegrama del viejo. Hubo penosas despedidas, y después, la pequeña Joya, la hija de la costurera, salió para la casa de su desconocido abuelo.

En donde nadie la esperaba. Sólo salió a recibirla la vieja criada. La trajo en un coche el hijo de ésta, el borracho Ezequiel.

Entró la muchacha, con sus juguetes, en la casa. Entre éstos, se destacaba una bonita y grande muñeca. La dejó en una silla y se sentó a su lado.

La criada le dijo:

—Debes de aprender desde ahora que ésa es la silla de tu abuelo.

—Todas son tuyas, ¿verdad?

La criada no contestó a esta justa observación. Entretanto, Esther decía a su madre:

—Yo no he de saludarla. Estoy determinada a no hacer nada que su abuelo pueda considerar como un acto para ganarme sus simpatías.

La pequeña fué llevada por la criada a la alcoba que se le destinaba. Y allí le dijo:

— Ten cuidado de levantar la colcha cuando te acuestes.

La chica la miró en silencio.

La criada agregó:

Ten cuidado de no dejar corriendo el agua del baño cuando lo uses.

Nuevo silencio de la pequeña.

Añadió la criada:

— Si vas abajo no toques el piano ni hagas ruido alguno cuando esté tu abuelo durmiendo la siesta. Cuando la campana toque puedes bajar al comedor.

Y dicho esto salió la señora Forbes.

En segunda, Joya, cogiendo su muñeca, comenzó a hablar con ella.

— ¡Como si fuéramos niños chicos! ¡Esta es la mujer más tenebrosa que yo he visto en mi vida! ¡Por eso, sin duda, está tan triste!

En aquel momento entró la viuda de su tío y le dijo:

— De modo que tu papá y tu mamá están en el Océano. ¡Qué desdicha que hayan tenido que emprender un viaje en la época que hay más tempestades!

Nada más dijo y salió. Se dijo que había ido expresamente a asustar a la muchacha.

La asustó, en efecto. La pobre Joya se quedó sollozando. Pero pronto, con un esfuerzo, se convenció a sí misma de que a sus padres no podía ocurrirles nada.

Su tía política se encaminó al lado de su hija y le dijo:

— Estamos de enhorabuena. La chica es positivamente fea y su abuelo no puede resistir una cara fea...

II

Se oyó la campana y Joya bajó al comedor con su muñeca, que colocó en una silla, a su lado.

Cuando entró la criada, sin decir nada, retiró la muñeca de allí. La pequeña no se atrevió a pro-



testar. Pero aquello era un atentado a sus costumbres.

Había de tomar el desayuno sola. La criada le presentó un huevo.

—No me gustan los huevos — dijo la niña. —
¿Puedo tomar un vaso de leche?

Fué retirado el huevo y le sirvieron lo que pedía, pero en silencio.

Después, la acompañó la criada nuevamente a su alcoba, en donde Joya empezó a sacar sus ropas. Había de ser vestida para presentarla al abuelo.

—Este es mi nuevo traje de seda—dijo la muchacha mostrando un lindo vestido con alegría.

La criada lo apartó a un lado con indiferencia. Joya talló apenada.

Al fin, vestida como a la criada le pareció bien, fué llevada al despacho de su abuelo. La pequeña se abalanzó a él y le abrazó y le besó. El viejo no le devolvió ni el abrazo ni los besos. Pero Joya no se fijó en ello. Estaba contenta de conocer, al fin, al abuelo. Y mirando al viejo, exclamó:

—Yo esperaba que tú serías viejo y todo doblado, como son todos los abuelos, no joven y guapo como eres.

El viejo no contestó a la amable criatura. ¡Se estaba arreglando el cuello y la corbata, un poco desarreglados por Joya al abrazarle.

Poco después, en el comedor, a la hora de la comida, al ver que Joya no se saludaba ni con su muera ni con Esther, preguntó:

—¿Se han visto ustedes ya antes?

Nadie le contestó.

Terminada la comida, Joya esperaba tener una gran alegría. Había estado soñando todo el día con pasear un largo rato, sola, con su abuelo, al terminar la comida. Así, en cuanto el viejo salió del comedor hacia su despacho, ella le siguió. Pero él cerró la puerta antes de que Joya pudiera entrar. Se quedó fuera con una pena y una tristeza de persona mayor.

Luego empezó a deambular por toda la casa, como una sombra.

Esther, después de la comida, arrepentida de su despego por la muchacha, se puso a escribir a una amiga: «Querida Nari: No puedo concentrar mi imaginación en la escritura por estar pensando en una pequeña niña abandonada que ha llegado hoy. Te avergonzarías de mí por mi falta de consideración hacia ella...»

Después de esto dejó de escribir. No sabía qué más decir. Se quedó mirando a su madre con una clara mirada de reproche. Pero ésta no se daba cuenta de ello.

Y llegó la noche. A primera hora, la criada cogió a Joya y la llevó a su alcoba, en donde la desnudó seca y duramente y la metió en la cama. Luego apagó la luz y salió.

Joya, en cuanto la criada hubo salido, saltó de la cama, volvió a encender la luz, cogió su muñeca, la puso en la cama al lado suyo y comenzó a hablar con ella, que era con la única que podía hablar.

—Querida Anabela—éste era el nombre que Joya había puesto a su muñeca,—¿te creíste que te había olvidado? ¿Creíste que no iba a haber nadie que te diera las buenas noches? Sólo esperaba a que esa... esa Giganta se fuera. Este, Anabela querida, es el castillo de las discordias. ¡La hermosa doncella enantada, el hada mala y la Giganta están creando discordia alrededor de mi abuelo! ¿No es extraño, por lo tanto, que él esté preocupado?

Mientras decía todo esto, abrazada a su muñeca, la pobre niña lloraba.

Para consolar su llanto, buscó en sus ropas unos consejos morales que su madre le había escrito de su puño y letra, para que supiera cómo tenía que portarse con los que le rodearían.

El primero que sacó, al azar, decía: «¿Está mi Joya haciendo un escalón de cada prueba en su vida? ¿Es ella cariñosa y paciente y está haciendo que sus nuevos amigos se alegren de tenerla? Con el mayor cariño de su Madre.»

Como por ensalmo, al acabar de leer esas nobles palabras de su madre, que era una madre ejemplar, Joya se sintió consolada. Y abrazando nuevamente a su muñeca, dijo:

—¡Mamá nos ha hablado, Anabela!

Y se quedó, en seguida, profundamente dormida.

A la mañana siguiente se despertó contenta, dispuesta a ganarse el aprecio de los que la rodeaban.

Para el desayuno, el amo de la casa prefería la soledad y el diario de la mañana. Estaba dispuesto, pues, que Joya desayunaría sola. Pero la niña había pensado lo contrario.

Al entrar a su amo el desayuno, la criada le dijo:

—Quizá deba advertirle a usted que esa niña no tiene chanclos de goma.

—Cómprale unos.

En esto, irrumpió Joya en la estancia y besó y abrazó a su abuelo como el día anterior. Y como el día anterior, éste no le devolvió ni el abrazo ni los besos, apresurándose a arreglarse, sin sonreír, seco y friamente, el cuello y la corbata.

Como la niña, aunque amablemente, dijera que quería tomar el desayuno allí, se lo trajeron.

Y poco después, a solas con su abuelo, le decía:

—Pensar que estoy tomando el desayuno sola contigo, abuelo, me hace sentirme muy feliz, como si fuera el día de mi cumpleaños.

Y como el viejo permaneciera en silencio, la muchacha agregó:

—Abuelito, si tú declararas una y otra vez todos los días que no hay error que pueda entrar en esta casa, yo creo que la señora Forbes se marcharía por su gusto...

El viejo se quedó mirando a su nieta, extrañado de aquellas juiciosas palabras.

Entró la criada y puso ante la niña, como el día anterior, un huevo.

Joya le significó, con un gesto, que se lo llevara. Luego preguntó a su abuelo:

—¿Es una cosa mala el que a mí no me gusten los huevos, abuelo? ¿Te gustan a ti todas las cosas de comer?

El abuelo, sin hablar, con una mirada a la criada, le hizo ver que la muchacha tenía razón.

La criada, llevándose el huevo, dijo:

—¿Quizá le suceda lo mismo con los chanclos de goma!

Joya, como no sabía a qué asunto se refería la criada, no dijo nada.

Luego, metiéndose a consejera sin que nadie reclamara sus consejos, habló del modo cómo en adelante debía ser vestida la niña. Y como ésta opusiera algún reparo, la criada dijo muy seriamente:

—Las muchachas no pueden esperar atención de los jóvenes a menos que sean bonitas.

La señora Forbes era muy teca. Joya, advirtiéndolo, le contestó:

—¿Se casó alguno con usted, señora Forbes?

La respuesta era tan oportuna, que el viejo volvió la cara para sonreír. La criada salió malhumorada. Y Joya, como si no hubiera dicho nada, aunque contenta de saber que había dicho una cosa razonable, siguió en silencio tomando su desayuno.

III

Pocos días después, paseando por el jardín que rodeaba el palacio de su abuelo, Joya se alejó bastante, con su muñeca en los brazos, hasta llegar a un lago apartado que estaba rodeado de flores y de árboles bellos y sombríos.

Sentada allí, gozando los perfumes, exclamó, jugando como siempre con su muñeca:

—El Castillo de la Discordia está muy lejos ahora.

Luego comenzó a dar paseos por el jardín. De pronto vio a su abuelo que salía a pasear montado en un caballo. Corrió hacia él y, cuando estuvo cerca, exclamó alborozada:

—¡Oh, abuelo! ¡Qué lindo! ¡Es lo mismo que en la exposición de caballos!

El abuelo le contestó algunas palabras indiferentes y se alejó. Joya siguió paseando por el jardín. Al cabo de un largo rato se dirigió a la casa. Llevaba los pies mojados.

La criada, al verlo llegar, le dijo duramente:

—Tus pies están mojados. Mancharás la alfombra. ¿Por qué no te pusiste los chanclos de goma que te compré?

—Pero si no estaba lloviendo...

—No importa. En el jardín se deben llevar.

La arrastró hasta su alcoba y allí le dijo:

—Métete ahora mismo en ese baño caliente y después en la cama. Quizá eso te enseñe a ser más cuidadosa...

Y salió sin decir nada más. En cuanto hubo salido, Joya exclamó:

—¡Esta es la mujer peor educada que hay en el mundo!

En seguida, cogiendo la muñeca, añadió:

—Pero me estoy incomodando y no debo incomodarme. ¡Porque eso significa odio y el odio no debe sentirse!

Registró sus ropas y sacó otro de los consejos de su madre, que decía: «¿Está mi querida hija amando a todos aquellos que están a su alrededor? Aquellos que parecen poco atractivos, son también infelices en sus corazones. Tenemos que ayudarles. Su madre está pensando en su Joya y no hay mares que las separen.»

Joya se sentía arrepentida de haber llamado mal educada a la criada, aunque fuese verdad que lo era. Se quedó pensativa, en tanto que seguía acariciando a la muñeca...

A la mañana siguiente, el viejo tomaba el desayuno en soledad. Hacía ya muchos días que esto no ocurría. Lela el periódico, comía muy despacio, en espera siempre de ver llegar a la pequeña. Al fin, no obstante las dilaciones, terminó. Durante los últimos quince minutos había estado esperando oír pequeños pasos, una cara alegre y un cariñoso abrazo. Pero nada de esto llegó.

Llegó, en cambio, la criada, que le dijo:

—Perdone, señor, que haya tardado en venir a atenderle, pero es que la niña está enferma.

—¿Qué dice usted?—preguntó el viejo con insólita sorpresa, poniéndose en pie.

—Está enferma, sí. Y tendrá usted que tener mucha firmeza con ella. Cuando yo la he hablado del doctor y de medicinas, me ha mirado con tanto miedo como si le hubiera hablado de un veneno.

Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, el viejo atravesó corriendo toda la casa y se encaminó a la alcoba de la pequeña. Esta, al verle entrar, gritó alegremente:

—¡Ah! ¡Cuánto he deseado durante toda la noche el verte, abuelito!

El abuelo se sentó en la cama, y Joya le abrazó y le besó. Luego dijo:

—El agua no me hizo daño. Cuando yo llamé a esta casa el Castillo de la Discordia, yo no veía que el odio se me iba entrando por las puertas. Y es esto lo que me ha puesto enferma...

Cuando la criada entraba, el viejo se levantaba de la cama. Todavía le daba vergüenza de que vieran que había empezado a desaparecer su seriedad, su trialdad, su indiferencia. Y en cuanto la criada salía, volvía al lado de su nieta y ya no sólo se dejaba acariciar por ella, sino que también él la acariciaba.

Una de las veces que entró la criada, el viejo habló de que iba a llamar al médico sin tardanza. Joya le dijo:

—Abuelo, querido abuelo, por favor, no mandes por el médico. Yo no necesito nada más que un poco de agua y pronto estaré buena.

El viejo le habló de la conveniencia de que el médico viniese. Y se dispuso a marchar a su despacho para telefonar. Joya, sacando de debajo de la almohada un pollo artificial, lindo y blanco, perfecto juguete infantil, lo entregó a su abuelo y le dijo:

Yo he comprado esto para ti.

El viejo cogió el juguete y salió. Como mientras se dirigía al despacho tropezara con su nuera y con la criada, procuró esconder el pollo llevándose las manos a la espalda. No quería que viesen aquella prueba del cambio que empezaba a sufrir su conducta.

Entró en el despacho, puso el regalo de su nieta sobre la mesa, llamó a la criada y le dijo:

—No saldré hoy. Esperaré aquí al doctor para hablar con él después de que haya visto a la pequeña.

El doctor llegó sin tardanza. Joya, al verle entrar en su alcoba, le dijo:



—Yo no me siento como para recibir visitas, doctor Ballard. ¿Le importa a usted marcharse hasta que esté mejor? Cuando me ponga buena, tendré mucho gusto en recibirle a usted.

—Yo no vengo de visita como usted supone, pequeña—contestó el doctor sonriendo.—Vengo a curarla.

Él intentó meter en la boca de la niña un aparato. Joya se negó a ello. El doctor le dijo algunas palabras sensatas, de las que Joya entendió, con claridad, éstas:

—Usted no querrá disgustarme, ¿verdad?

—No—repuso Joya y abrió la boca.

Pero después, cuando vió que el doctor preparaba una medicina, dijo con cierta amargura, y en tono de ruego:

—Doctor Ballard, yo sé que usted me dispensará si no tomo la medicina.

—No la dispensaré, no. Y espero que la tomará. Porque sé que usted no tiene ningún interés en herir mis sentimientos.

—Claro que no tengo ningún interés en herir sus sentimientos. Pero los míos, créalo, le estimarían mucho que no me obligara a tomar la medicina.

El doctor sonrió de esta firmeza envuelta en palabras amables e ingenuas. Luego, cogiendo la cabeza de la muchacha, quiso darle la medicina. Joya se negó en firme a tomarla y volvió el rostro hacia el otro lado.

Aprovechando esta circunstancia, el doctor vertió algunas gotas del medicamento en un vaso y luego, ante la vista de Joya, llenó el vaso de agua, el cual, al parecer, antes no tenía nada.

Joya estuvo mirando esta operación con una sonrisa en sus labios.

IV

Sonriendo y en tono amistoso, el doctor miró a la muchacha y le dijo:

Bien, Joya. No tomará la medicina. Pero, para que todos crean que la está tomando, único modo de que la dejen tranquila, hágame el favor de tomar dos cucharadas de esta agua cada dos

horas. ¿Es agua pura! ¡Ya ha visto cuando la ponía!

Joya no contestó, pero el doctor se dispuso a salir, seguro de haberla convencido.

Y en cuanto el doctor salió, Joya, que tenía sed, cogió la jarra de donde el doctor puso el agua en el vaso, y bebió, volcando al propio tiempo la que le había sido recomendada. La niña sonrió de su travesura, volvió el rostro hacia el otro lado de la cama y se dispuso a dormir. Al poco rato, en efecto, dormía profunda y tranquilamente.

Cuando el doctor llegó al despacho del viejo dueño de la casa, éste le esperaba impaciente.

Enterado de que lo que tenía la muchacha no era nada de cuidado, preguntó al doctor:

—¿Y cómo ha conseguido usted convencerla, doctor Ballard, de que debía tomar la medicina?

—¡Oh! Muy fácilmente. Un médico tiene recursos para todo.

Bien ajeno estaba el doctor de imaginar que sus recursos, en aquella ocasión, habían sido nulos.

Se despidió el doctor. El viejo, más tranquilo, volvió a su despacho. En la estancia en que solían estar Esther y su madre, ambas discutían. La joven quería ir a ver a Joya, y a cuidarla si era preciso. Al fin había apartado su tonta vanidad para dejar paso franco a sus mejores sentimientos. Pero su madre se negaba a que fuera. Y le decía:

—¿Tú te quedas aquí! Esa chica puede tener algo contagioso.

Pero Esther era demasiado voluntariosa para obedecer. Saljó, pues, de la estancia, sin hacer gran caso de su madre, y se encaminó a la alcoba de Joya. Mas, una vez cerca de allí no se atrevió a entrar. Estuvo largo rato dando vueltas por allí

cerca, pero no entró. No va por vanidad, sino por temor de no ser bien recibida por la muchacha.

Cuando se acercaba la noche, volvió el doctor. Un momento antes, la señora Forbes, que era la que cuidaba a Joya, había entrado en el despacho del viejo y le había dicho:

—La niña ha estado durmiendo todo el día.

Así, en cuanto llegó el doctor, el viejo repitió esas palabras:

—La niña ha dormido todo el día, doctor Ballard. Me parece demasiado dormir. Debe ser estúpido, estoy seguro de ello.

—Vámonos a verla —contestó el doctor.

Y subieron a la alcoba de la enfermita, que estaba mucho mejor que por la mañana, que estaba ya bien, riendo y charlando como era en ella costumbre.

El doctor, con aire de triunfo, dijo a la muchacha:

—La encuentro tan bien, señorita Joya, que va a tener que dispensarme una ligera decepción. Yo puse la medicina en ese vaso de agua. Por lo tanto, ahora debe alegrarse de que así lo hiciera. Se alegra, ¿verdad?

Ingenuamente contestó la niña:

—No he bebido esa agua.

El doctor puso una cara de disgusto evidente. No le herían tanto las palabras de la niña como el que las oyeran personas mayores. Joya, viendo la cara que había puesto, le dijo con su voz más cariñosa:

—Como usted ve, doctor, me encuentro bien. ¿No era eso lo que usted quería? Pues ya está. Poco importa cómo ello haya pasado.

Apresuradamente se despidió el doctor. Mientras, el viejo sonreía. Y la señora Forbes, como si

la hubieran hecho a ella algún mal, preparaba y regañaba a la criatura. Se veía esto en su rostro severo y sin ningún asomo de cordialidad.

Al ir con el doctor, el abuelo de Joya le había llevado a ésta un hermoso ramo de flores. La alegría que proporcionó con esto a la niña, no es para describirla. Estuvo mucho rato abrazada a las flores. Y miraba a su abuelo reconocida por aquel espléndido regalo.

El viejo, al darse cuenta de que el doctor se había marchado, se apresuró a salir para despedirle. Una vez más, cuando salía, su nieta le dio las gracias, con una mirada, por las flores.

Y cuando hubo salido, la criada empezó su regañera aprovechando aquel argumento. Dijo, pues:

—¿Crees que te ha traído las flores por tu linda cara? Pues te equivocas. Las ha traído para convencerte de que debías tomar la medicina. Por cierto que las has dejado en muy buen lugar al doctor. Lo que has hecho con él no se hace con nadie.

En este tono, estuvo largo rato hablando la criada. Joya no decía nada. No se atrevía ni a respirar. Pero en cuanto la criada salió, se echó abajo de la cama, se vistió rápidamente y se encaminó al comedor llevando consigo las flores. Una vez allí, las entregó a su abuelo a tiempo que decía:

—La señora Forbes dice que me diste las flores con ciertas pretensiones y no como un regalo. Así es que te las devuelvo.

Y salió.

El viejo estuvo pensando largo rato en que habría que ver el modo de que otra persona se encargara de Joya, pues que la señora Forbes no la entendía. También Esther, en su estancia, pensaba en la niña. Y decía:

—¡Pobrecita! ¡Se ve abandonada aquí, lejos de su madre!

A la mañana siguiente Joya se presentó en el despacho de su abuelo antes de lo que tenía por costumbre. Llevaba en las manos los dos lazos que se ponía en el pelo, y dijo al viejo:

—Tú, abuelo, te haces muy bien el nudo de la corbata y ¡la señora Forbes cumple su deber tan duramente!... ¿Quieres hacerme tú mis lazos?

—Pero...

—Mira. Yo te diré cómo. Tú pones los brazos alrededor de mi cuello y atas el lazo lo mismo que si te estuvieras haciendo el nudo de tu corbata. Verás qué bien sale.

Aquello, además de atar los lazos, era un pretexto para ser abrazada por su abuelo. Este parece que lo comprendió. Hizo lo que le pedía su nieta, pero procurando no ser visto por nadie de la casa. Todavía le daba vergüenza que pudieran verle.

Cuando ya tuvo los lazos arreglados, Joya se sentó junto a la mesa y se puso a escribir. He aquí lo que escribió: «Querido doctor Ballard. La señora Forbes dice que fué un insulto para usted el que yo no tomara su medicina. Puede usted creer que si yo tomara medicina preferiría la suya a otra cualquiera. También dice la señora Forbes que usted mandará una gran cuenta a mi abuelo. Haga usted el favor de mandármela a mí, pues yo tengo suficiente dinero y tendré mucho gusto en pagarla. Suya atenta, Joya.»

El abuelo quiso ver lo que Joya había escrito. Esta se lo entregó. Y el abuelo, cuando lo hubo leído, dijo sonriendo, ahora ya sin ocultarse:

—Esa cuenta, será mejor que la dejes para que la pague yo, Joya. Probablemente se llevaría todo tu dinero...

—Eso no importa. Yo recibiré más cuando lo necesite.

Entró la criada y comenzó a limpiar. Echaba en su falda, para tirarlos, papeles y otras cosas. Cogió el pollo que Joya había regalado a su abuelo, para tirarlo también.

El viejo, decidido, protestó e hizo que el pollo quedara en el sitio que estaba.

Joya salió riendo de haber visto que su abuelo comenzaba a estimar sus cosas.

Y poco después, solo el viejo, reflexionaba en la filosofía de su nieta, que tanto le ayudaba a vivir siendo tan pequeña.

V

Llegó la primavera, y con ella, las lluvias propias de esa estación. Una mañana, que llovía, Joya se presentó ante su abuelo llevando los chanclos de goma y con los lazos en la mano.

El abuelo, al verla, dijo:

—El agua no cala por ninguna parte en la casa, Joya. Me parece, pues, que no era necesario que te pusieras los chanclos.

Bromeaba el viejo y así lo comprendió Joya, que le tendió los lazos, sin decir nada.

Como no estaban en el despacho, sino en un amplio salón donde podían ser vistos, el viejo se sintió disgustado de tener que hacer aquello y exclamó:

—¡Ah! ¡Esos malditos...!

No continuó. En el rostro de Joya apareció una pena tan honda, que él no pudo acabar su pensamiento.

La muchacha ocultó los lazos llevándose las

manos a la espalda y se dispuso a alejarse. Fué un minuto de silencio penoso y angustioso.

Al fin, el viejo habló:

—Bromeaba, Joya, puedes creerme. He estado esperándote toda la mañana. Y precisamente para ponerte los lazos. Pensaba, mientras te esperaba: «No importa si no salgo a caballo; le ataré los lazos a mi pequeña.»

Joya comprendió que no era verdad lo que decía su abuelo ahora, sino lo que había dicho antes. Pero atordándose de los consejos de su madre, abrazó a su novelo y olvidó su disgusto. El, entonces, allí mismo en el salón, le ató los lazos.

Pasó la criada y lo vió, que era lo que él temía.

Se dijo la criada para sí:

—¡He ahí que él es masilla en las manos de esa niña!

El viejo, como para aturdirse y olvidar de que había sido sorprendido en una escena tierna con su nieta, cogió a ésta en brazos y atravesó con ella el jardín, aunque llovía, hacia la caballeriza. Y allí, montó a su nieta en su caballo favorito.

Ella dijo:

—Si yo soy una buena muchacha tendré un caballo algún día, ¿verdad?

—Sí, sin duda.

Esther y su madre, desde una ventana, velan la escena. Y vieron, poco después, como el viejo volvía a coger otra vez a su nieta y a llevarla, bajo la lluvia, a través del jardín, hacia la casa.

La joven oyó que su madre le decía:

Tú podías muy bien haberte congratado con él como lo ha hecho esa niña. Pero no has querido...

Esther, sin escuchar a su madre, salió.

Y, decidida ya, se encaminó a la alcoba de Joya,

donde ésta se cambiaba de ropa, pues que se había mojado. Joya, al verla entrar, se quedó sorprendida. Pero el gesto que tuvo Esther para ella fué tan cariñoso, que en seguida la miró ella con amabilidad, y también con cariño, como si fuera su hermana mayor. Y Esther, animada por aquel recibimiento cordial, se sentó al lado de la muchacha, la acarició y le dijo:



—En lo sucesivo, si tú quieres, yo te daré tus lecciones y te arreglaré el pelo todos los días. Pero has de prometerme, Joya, no decírselo a tu abuelo.

—No se lo diré, si usted no quiere.

—Soy muy infeliz, niña querida—confesó de repente Esther.

Joya se sintió muy apenada al oír aquellas palabras.

Y buscó en sus ropas y mostró a Esther todos los papeles manuscritos de su madre, diciéndole:

—Poniendo en práctica esos consejos mi madre aprendió a ser feliz...

Desde aquel día, Esther y Joya se veían cotidianamente, a escondidas, en el jardín o en la alcoba de la muchacha. Y cada vez se querían más.

Poco a poco, la hora de irse a la cama Joya se fué haciendo más elástica. Ya no era un problema dónde había de pasar las primeras horas de la noche. Las pasaba al lado de su abuelo, en el despacho, alguna vez hasta muy tarde. Una noche se puso a escribir. Antes de acabar se quedó dormida. Su abuelo leyó lo que escribía. Decía así: «Mis queridos papá y mamá: Es casi tiempo de que yo reciba carta de ustedes. Yo estoy bien y contenta. Mi abuelo es el hombre más cariñoso por dentro. Está siempre muy triste, pero no hay más remedio que quererle. Mi prima es muy bonita; ella me lava el cabello y es muy cariñosa conmigo. Pero no me deja decirle al abuelo lo cariñosa que es.»

Cuando todavía tenía el viejo la carta en sus manos, despertó Joya. Y al ver lo que ocurría, se puso a llorar, exclamando:

—¡Era el secreto de mi prima! ¡Ella confió en mí!

—Te pido mil perdones, Joya, pero si era algo que yo debía saber, ¿no crees tú que fué bueno que yo leyera tu carta?

Se oyó en aquel momento una delicada melodía. Era Esther que tocaba el piano. Joya arrastró a su abuelo hacia la estancia en que Esther tocaba.

Hubo besos por parte de Joya para Esther y saludos cariñosos para el doctor Ballard, que estaba allí. A la única que la criatura no dijo nada

fué a la viuda de su tío, con la cual no había contraído amistad.

Cuando se retiraron, Joya dijo a su abuelo:

—Esta noche no es la casa el Castillo de la Discordia. Empezamos todos a amarnos de otro modo.

VI

Llegó el verano y Joya seguía estudiando teniendo por maestra a Esther, con la que cada día estaba más compenetrada. Una mañana, mientras la joven y la niña estaban en el jardín, llegó a la casa una visita inesperada, que fué recibida por la madre de Esther. Era un antiguo novio de la joven, pobre, a quien Esther quería, pero al que su madre no podía ver, pues que echaba por tierra todos sus planes de casar a su hija con el doctor.

La madre de Esther procuró alejar a aquel hombre sin que le viera su hija. Pero él esperaba, desesperando con ello a la viuda.

Esther, ignorando la llegada de su amado, seguía con Joya en el jardín. De pronto, dijo a la muchacha:

—Dame ánimos, Joya. Mi madre y yo nos hemos ganado el desprecio de tu abuelo y yo tengo que hablar con él de esto.

—Vaya en seguida. Mi abuelo la quiere. Estoy segura de ello. La escuchará, la comprenderá, acaso le dé algún buen consejo.

Animada por estas palabras, Esther se presentó en el despacho del viejo y dijo:

—Nunca fué mi deseo el venir aquí sin ser invitada.

—Sea bien venida. Siéntese.

—Yo quiero tratar de ganarme la vida para mi madre y para mí. Le pido a usted su ayuda para que mi madre consienta en ello.

—Cuerpo a usted con mi ayuda y con mi apoyo.

Se pusieron de acuerdo acerca de lo que harían y salieron del despacho.

En aquel momento, la madre de Esther despedía, en la puerta, al novio de la joven. Ella lo vio y corrió hacia él, abrazándole.

La madre se separó con visible mal humor, yendo a pararse junto a su suegro. Este, entonces, le dijo:

—¡Todo ha concluido! Mejor es que consienta usted de buena manera a que se casen. Este ha sido, en realidad, el obstáculo con que ha tropezado el doctor Ballard.

La viuda se alejó sin contestar.

Joya, que se había quedado en el jardín cuando Esther subió a ver a su abuelo, paseando, se acercó a la caballeriza. Y oyó que dentro de ella se hallaba, llorando, la señora Forbes. Empujó la puerta y entró. Vió allí un espectáculo doloroso. El hijo de la criada estaba borracho, diciendo frases absurdas. La señora Forbes, al lado de su hijo, lloraba.

—Querida señora Forbes—dijo Joya a la criada,—esto es terrible, pero mi padre estaba afligido del mismo mal y pudo ser curado; lo curó mi madre.

El borracho sacó de un bolsillo una botella y bebió. Joya se la arrebató y exclamó:

—¿El mal está en una botella? ¿Esta enfermedad terrible está metida allí dentro y la gente la bebe por su propio gusto?

—No hay ningún mal—silabeó el borracho.

—¿No hay mal cuando tu madre está llorando? ¿No hay mal cuando tus ojos no ven y miran con

odio? Sí, si hay mal. También había mal en nuestra casa cuando mi padre bebía y mi madre lloraba y toda nuestra alegría se iba. Pero aquel mal acabó. Y éste es menester que acabe también.

En ese mismo tono, Joya estuvo hablando largo rato. Eran tan cariñosas sus palabras, tan tiernas, tan amables, que el hijo de la señora Forbes acabó por escucharla con gran atención y con cierta vergüenza. Joya insistió. Al cabo, Ezequiel sintió que aquellas palabras infantiles le llegaban al alma. Y cogió todas las botellas de bebida que tenía y las arrojó lejos de sí, prometiendo no beber nunca más.

La criada, conmovida, dijo a Joya:

—Perdóname todo lo que te he hecho.

Y salió.

Joya salió poco después, habiendo quedado muy amiga de Ezequiel, que la vió salir con un deseo fervoroso de arrodillarse ante ella.

Joya se encaminó al despacho de su abuelo. Pero no entró. Se dio cuenta de que estaba allí, hablando con él, la madre de Esther.

La viuda, en efecto, estaba allí. Había ido para disponer el veraneo, pensando de este modo alejar a su hija.

Después de unas palabras de cumplimiento, preguntó:

—¿Ha dispuesto usted ya dónde hemos de ir a veranear este año?

—Sí, todo lo tengo dispuesto. Yo he de irme con Joya a visitar a sus padres cuando vuelvan. En cuanto a esta casa, quedará cerrada.

—¿Nos echas de aquí?

—Nada de eso. Es un acuerdo a que hemos llegado su hija y yo.

—¡Mi hija! Cero que se podrá pasar sin lujos.

mientras Joya los tenga—murmuró la viuda en tono satírico.

—Ella cree que no repuso el viejo.—Y no caerá de ellos. Todo ha sido arreglado a su plena satisfacción y también de acuerdo con la mía. En cuanto a sus ingresos, descuide, también han quedado asegurados. Nada más tengo que decirle, como no sea que estoy muy contento de que Esther, al fin, sea feliz.

La vieja salió, comprendiendo que toda protesta por no haber pedido su opinión en consentimiento sería inútil.

Esther vagaba por la casa con un semblante de felicidad extraordinaria. Y siempre que se encontraba a Joya, la abrazaba, como para demostrarle que sólo a la presencia de ella en aquella casa se debía todo lo que le sucedía.

Joya, de ver el cambio profundo que se había apoderado en todos, comprendiendo que se debía a ella, se sentía alegre y contenta. Aquella noche, por primera vez, durmió completamente tranquila y feliz.

A la mañana siguiente, la criada procuró que la niña desayunara sola. La señora Forbes lo había dispuesto así para darle una prueba de su reconocimiento.

La cual, pronto hubo de verla Joya. Al entrar en el comedor vió que había dos sillas: una para ella y otra al lado en la que estaba la muñeca, tal como ella había querido ponerla el día de su llegada.

Joya miró a la criada con una mirada cariñosa y la criada, riendo y con gozo en el alma, salió.

Cuando hubo desayunado, Joya salió del comedor llevando en sus brazos la muñeca. Pero viendo

a Esther, abandonó la muñeca en el suelo y corrió a abrazarla.

El abuelo, que pasaba poco después por allí, al ver la muñeca en el suelo, la recogió, tal que si fuera una criatura.

Y exclamó con risa gozosa:

—¡Anabela! ¡Anabela! ¡He aquí a lo que he llegado por obra del cariño de una niña!

Joya vió a su abuelo llevando la muñeca. Le hizo que se sentara, le abrazó y dijo:

—Benditos sean aquellos—cuyos corazones son puros,—y cuyos pensamientos—están libres de todo mal.

En toda la casa reinaba una paz precursora de días más felices para todos. La precocidad de una niña había hecho el milagro.

FIN

Titulos de los cuadernos publicados

1. Robín de los bosques.—2. El sello de Cardí.—3. La agonía de las águilas.—4. La casa del misterio.—5. Día de paga.—6. Una carrera en Kentucky.—7. El list.—8. Chiquillín y Chiquillo hospiciano.—9. Theodora.—10. ¿Qué tontos son los maridos?—11. Señal de amor.—12. Distracción de millonario.—13. La Duquesa Misterio.—14. Las apariencias engañan.—15. El triunfo de la vía férrea.—16. El excéntrico.—17. Amor de antaño.—18. Cobarde en apariencia.—19. El sello del silencio.—20. Su Majestad el Americano.—21. La valentía de un hombre.—22. Besada.—23. Parodia de «Los tres mosqueteros».—24. Retribución.—25. Matrimonio accidentado.—26. Abnegación de madre.—27. Hora terrible.—28. El desquite de Garrison.—29. El juramento.—30. La Bohème.—31. El gallo montés.—32. Bajo la nieve.—33. Como un cuento de hadas.—34. Vádocq.—35. Las dos hermanas.—36. Tesa, en el país de las tempestades.—37. Violetas imperiales.—38. La seducción de Afrodita.—39. Las dos tormentas.—40. Los amores de un príncipe.—41. Los dos sargentos franceses.—42. La eterna llama.—43. A galope tendido.—44. La muchacha que yo amaba.—45. Un frac para dos.—46. Sacerdote.—47. El viejo nido.—48. Una noche misteriosa.—49. Chiquillín, artista de circo.—50. Suspiros.—51. La razón de vivir.—52. «Terror».—53. La rosa de Flandes.—54. La diosa verde.—55. El rey del radio.—56. Cazando el amor.—57. Entre naranjos.—58. De mala suerte.—59. El triunfo del amor.—60. Las tres ilusiones.—61. Con la corriente.—62. La dama del baño perfunada.—63. Venganza japonesa.

Precio de cada ejemplar, 25 céntos.

Se sirven números sueltos o colecciones enteras, previo recibo de su importe.

Nueva Colección de Postales-retratos

DE

ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

(FOTOGRAFÍAS)

AGNES AIRER	PAULINA FREDERICK
ARBUCKLE BOSCOE (Fanny)	ELIZABETH FAIR
MARY ANDERSON	ELSIE FERGUSON
ART AXOED	ALDO B. FRANCIS
ITALIA ALMIBANTE MANCINI	MAUDE GEORGE
FRANCESCA BERTINI	JACQUELINE GIBSON
ALICE BRADY	EDUARDO (Good) GIBSON
LENNY BRUNNET	CLARA HORTON
CONSTANCE BUNNET	LILLIAN HALL
RICHARD BARTELMER	CAROL HOLLOWAY
GEORGES BISCOT	HESSUR HAYAKAWA
ARMAND BERNAT	WALTER HIBBS
MARGARITA CLAECKE	HELEN HOLMES
JEWEL CARMEN	WILLIAM S. HART
HARRY CARRY (Caryann)	CHARLES HUTCHINSON
GRACE CUNYARD (Lucille Howe)	WANDA HAWLEY
JUNE CAPRICH	GARET HUGES
JANE COLW	JACK HOKER
ALBERTO CAPOZZI	WORTH JOHNSON
NARCYA CAPEI	ALICE JOYCE
HERN CASTLE	LEATEICH JOY
CHARLES CHAPLIN (Charlotte)	ROMUALD JOUBE
CHARLES CHAPLIN (Charlotte, pafano)	MARIA JACUBINI
LON CHANEY	MADGE KENNEDY
ELENA CHADWICH	BUSTER KEATON (Pamplina)
LUCY DORAIN	DORIS KENYON
BEER DANIELS (Eda)	MOLLIE KING
DOROTHY DALTON	JAMES KIRKWOOD
HELENA DARLY	TILDE KASSAY
VIOLA DANA	NORMAN KERRY
KATHERINE MAC DONALD	DIANA KARENE
WILLIAM DUNCAN	NATALIA KOWANTO
CAROL DEMSTER	CLARA KIMBALL
RACHEL DAVYRIN	LOISE LOVELY
PRISCILLA DEAN	BERT LUTELL
REGINALD DENI	ELMO K. LINCOLN
WILLIE DOVE	BESSIE LOVE
ENNA DENI	DOUGLAS MAC LEAN
WILLIAM DESMOND	VITORIA LEVANTO
MRS DU-POIN	MITCHEL LEWIS
NATHAN ELLIOT	HAROLD LLOYD III
MARGARITE FISHER	MARGARET LIVINGSTONE
FRANCIS FORD (Conde Hugo)	LUISE LOBBEIN
WILLIAM FARNUM	ANNA LITTLE
FRANKLIN FARNUM	LAURA LA-PLANTE
DOUGLAS FAIRBANKS	MAX LINDER
	MAX MURRAY

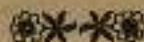
MAGIETTE
 GINETTE WADDIE
 THOMAS WEIGHAM
 ANTONIO MORENO
 LYA MARRA
 JACK MULHALL
 TOM MOORE
 M. MATHE
 TOM MIX
 RHEILRY MASON
 GASTON MITCHELL
 MAE MARSH
 MARY MILLS MINTER
 MARGARET MARSH
 SANDRA MILONATOFF
 CHARLES MACK
 FRANK MAYO
 POLA NEGRI
 ALLA NAZIMOVA
 BENNETT NAVARRA
 MARCEL NORMAND
 ANA Q. NILSON
 NENA OWEN
 MARIA OSPORNE
 LIVIO PAVANELLI
 DORIS PAWN
 EILEEN PERDY
 JACK PICKFORD
 HODIE POLO
 BABY PAGE
 MARY PICKFORD
 MARY PHILBIN
 MARIE PREVOST
 JEAN PAGE
 ENNY PORTEN

PRINCE (Carmeliano)
 ROUSE PETERS
 WILL ROGERS
 WILLIAM RUSSELL
 WALLACE REID
 CAMILO DE RISO
 HERBERT RAWLINSON
 RUTH ROLAND
 CHARLES RAY
 JOE RYAN
 FRITZ REIGHWAY
 MARCELLE ROBERT
 M. RINSOKE
 PATRI RUTH MILLER
 PAULINE STARK
 GUSTAVO BIERENA
 LARRY SEMON
 GLORIA SWANSON
 ANITA STEWAR
 CLAUDE SELWYTERE
 MADLAINE TRAVERSE
 OLIVE THOMAS
 NORMA TALMADGE
 CONSTANCE TALMADGE
 ALICE TERRY
 VERA VERGANI
 VIRGINIA VALLI
 RODOLFO VALENTINO
 FANNIE WARD
 PEARL WHITE
 GEORGE WALSH
 MARIE WALCAMP
 BEN WILSON
 GLADIS WALTON

20 CÉNTIMOS EJEMPLAR

Diez por ciento descuento tomando toda la colección.

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por Giro
 Postal a Publicaciones Mundial.-Apartado 925, Barcelona



Cine Popular

Revista semanal ilustrada. — Sale los miércoles. — 20 páginas con profusión de grabados, elegantes cubiertas a colores y preciosas fotografías por el nuevo procedimiento del hueco-grabado. — Precio, 20 céntimos.

CINE POPULAR no es una revista cinematográfica como tantas en su género; únicamente interesantes a los industriales, comerciantes y personas relacionadas con este arte. No es tampoco una publicación, aunque excelente, cara.

CINE POPULAR reúne a las condiciones de economía todas las excelencias de información, ilustración gráfica, actualidad e interés de las mejores revistas, aventajándolas aun en muchos casos, ya que sus artículos son originales y sus informaciones inéditas en España. A esto, junta, como su nombre indica, el especialísimo interés popular, social y artístico, tratando estos asuntos e ilustrándolos con la simpática y docto conocimiento que se merecen. Además de los artículos, críticas, informaciones, etc., contiene cada número cuatro páginas de folleto encuadernable, argumentos de las principales obras, sinopsis documentadas de los grandes artistas, cuentos y anécdotas del Cine, notas de interés, etc., etc.

Tiene además, a disposición de sus lectores, una magnífica colección de argumentos cinematográficos elegantemente editados y un archivo riquísimo de postales de todos los artistas de la pantalla.

Para pedidos: «Publicaciones Mundials»,
Barbata, 15. Apartado Correos 925. Barcelona